15-53

Año II N.º VII

Revista de Occidente

Director:
José Ortega y Gasset



Sumario

Luis Pirandello: *La tragedia de un personaje* • Nuevos hechos, nuevas ideas: Gregorio Marañón: *Notas para la biología de Don Juan* • Ramón Pérez de Ayala: *Clib* • Gerardo Diego: *Un escorzo de Góngora* • Corpus Barga: *Paul Bourget y la novela psicológica*

NOTAS: A. Sánchez Rivero: Jacopo Tintoretto • Ricardo Baeza: Bernard Shaw y Hauptmann • Fernando Vela: Luis Pirandello, *Seis personajes que buscan autor* • Antonio Marichalar: Ramón Gómez de la Serna, *El alba y otras cosas* • Antonio Espina: José Bergamín, *El cobete y la estrella* F. V.: A. Marichalar, *Palma*

Precio: 3,50 Madrid Enero 1924

—¡Está bien, está bien! Pero dígame, ¿y usted...?

—¿Yo, qué?

—Se lamenta de su autor, pero ¿es que usted, querido doctor, ha sabido sacar verdadero partido de su teoría? Precisamente esto quería decirle. Déjeme hablar. Si usted cree seriamente como yo en la virtud de su filosofía, ¿por qué no la ensaya en su caso? ¿Busca usted hoy, entre nosotros, un escritor que la consagre a la inmortalidad? Piense usted en lo que de nosotros, pobres escritorzuelos contemporáneos, dicen los críticos más considerados. Somos y no somos, querido doctor. Someta con nosotros a su famoso catalejo invertido los hechos más notables, las cuestiones más arduas y las obras más admirables de nuestros días. Querido doctor: temo que no vea nada ni a nadie. Por lo tanto, márchese, consuélese, o, más bien, resígnese y déjeme atender a mis pobres personajes, los cuales serán defectuosos y chocantes, pero, al menos, carecen de su extraña ambición.

Luis Pirandello

(Traducción de F. Azzati.)

Nuevos hechos, nuevas ideas

Notas para la biología de Don Juan

NO es necesario que insistamos en hacer notar la boga que el tema de Don Juan ha logrado en estos últimos tiempos. Apenas ha habido escritor de fuste, a partir del último tercio del siglo pasado, que no haya incluído entre sus creaciones una interpretación personal del aventurero personaje o que no haya añadido un lance más a la lista de sus proezas; los críticos han perseguido hasta sus orígenes más puros la leyenda donjuanesca, y los filósofos han comentado, cada cual a su modo, la significación psicológica y social del inmortal libertino *.

* Entre las contribuciones españolas contemporáneas a la bibliografía donjuanesca citaremos los estudios de investigación de Said Armesto y de Menéndez Pidal; las interpretaciones literarias de Valle-Inclán, los hermanos Quintero y Azorín; los comentarios, incidentales pero interesantísimos, de Clarín, Pérez de Ayala, Eugenio d'Ors, Grandmontagne, Díez-Canedo, A. Machado, J. M. Salaverría, A. Reyes y R. Baeza, y, por último, los admirables estudios especiales de Ortega y Gasset y Ramiro de Maetzu, a los que me tengo que referir de memoria por no haberlos leído posteriormente a la audición de las conferencias en que fueron expuestos.

Pero todavía no ha sido estudiado Don Juan en su aspecto más importante, que es el biológico. Don Juan no es, todos lo sabemos, una criatura ideal, sino un ser de carne y hueso, con su anatomía y su fisiología peculiares; pudiéramos añadir que con su historia clínica peculiar. De este material palpitante se formó el tipo legendario. Y sucede que, con frecuencia, los comentaristas literarios parten de esta etapa legendaria y pierden por ello el contacto con la realidad viva, con el Don Juan auténtico y eterno, que tampoco ha escapado, es cierto, a la influencia de su propio mito, pero que en lo esencial, en lo biológico, sigue siendo el mismo de su período predonjuanesco. Estos «caracteres naturales» y específicos del Don Juan son los que queremos fijar en el presente bosquejo, resumen de notas dispersas en otras publicaciones mías e introducción de un estudio más sistematizado y meditado.

Quiero, antes de seguir adelante, explicar el motivo de mi preocupación por Don Juan, o, más bien, excusarme de que me mueva a intervenir en la cuestión un estímulo meramente literario. Claro que, después de todo, el médico siempre tiene algo que contar en estas materias, y tiene desde Erixímaco su puesto tradicional en el banquete del Amor. Pero es algo más grave que el deseo de terciar con tantos ingenios ilustres lo que me impulsa a hablar. Ningún médico, en efecto, puede sustraerse a la preocupación del problema sexual, problema terrible que ninguna pedagogía ni religión han alcanzado a resolver en la práctica. Y somos precisamente los médicos generales, los no

especializados en las patologías que más directamente reciben el contragolpe sexual, los que con mayor información podemos darnos cuenta de la gravedad y la extensión del morbo, por lo mismo que no vemos casos salientes y clasificados, casos de especialista, sino una humanidad doliente más varia y más humilde desde el punto de vista patológico. Gentes que sufren de lo que sea, sin preocupaciones neurósicas y sin sospechar la existencia de Freud. Y, sin embargo, ¡cuántas y cuántas veces, allá en lo hondo de las causas de sus males, encontramos una cosa torcida, que es siempre un vestigio de catástrofes grandes o de pequeños descarrilamientos de su vida sexual!

¿Cómo un instinto radical y del tipo noble del de la reproducción ha podido llegar a convertirse en la causa de tantas desdichas? Esta es la pregunta que angustiosamente nos hacemos y que, después de leer con la mejor voluntad a teólogos, filósofos y fisiólogos, queda sin contestar. No puede dudarse que la Naturaleza dejó, quién sabe con qué propósitos arcanos, una serie de obstáculos orgánicos entre el impulso del deseo y la capacidad de realizarle. Metchnikoff, en sus estudios tan conocidos sobre las desarmonías de la naturaleza humana, los ha considerado en gran parte con aquella agradable simplicidad que irritó a los naturalistas de su época, pero que constituye el encanto más duradero de su obra. Sin embargo, a todos se nos ocurre en seguida que esos obstáculos naturales e inmodificables son de poca monta junto a otros obstáculos artificiosos que el hombre mismo se ha ido complaciendo en acumular sobre aquéllos.

De estos obstáculos artificiosos, verdaderos «mitos sexuales», hay unos, los de índole moral o religiosa, que han sido objeto de comentarios innumerables y que no podemos considerar ahora. Culminan en el mito del «pecado carnal», mito bien intencionado, de indudable utilidad en ciertos momentos de la evolución humana—del hombre y de la humanidad—y de contenido espiritual magnífico. Muchos de los pedagogos que se han ocupado del problema sexual achacan a este mito religioso gran parte de la culpa de la difícil situación en que se encuentra aquél al cabo de los siglos; e indudablemente tienen, en parte, razón. Pero habría que pesar con mucho cuidado las ventajas y los inconvenientes aportados por el mito religioso antes de fallar definitivamente sobre él.

Juzgando el problema con un criterio exclusivamente biológico, sin prejuicios confesionales, es posible que pudiera demostrarse que la genial invención del pecado carnal salvó a los hombres en más de una ocasión, no tanto de la condenación eterna, como de errores y desfallecimientos del instinto, peligrosos para la especie. Para mí es indudable su sentido y su eficacia noblemente afrodisíacos, equiparables al sentido higiénico que tienen otras prácticas religiosas, como los ayunos, abluciones, etc.

De todas suertes, la nocividad de este grupo de mitos sexuales no puede compararse con la profunda e irremediable de otro mito de baja estofa que tiene, sin embargo, aprisionada a la humanidad en sus tentáculos. Es el mito de la falsa virilidad o de la virilidad cuantitativa, que culmina en el mito de Don Juan. Yo lamento tener que hablar de estas cuestiones con rodeos literarios, en los que no soy ducho, y no con el lenguaje preciso de la ciencia; pero confío en hacerme entender de los lectores de buena voluntad. El hecho es que el hombre ha venido siendo educado en el culto estúpido de su sexo, con la complicidad de sus maestros y directores espirituales, y, lo que es más extraño, con la del mismo sexo femenino. A todos nos han dicho que hay que ser muy hombres, y nadie se ha cuidado de explicarnos con serenidad lo que esto significa, ni los padres, ni el pedagogo, ni el cura. Pero apenas hemos dado los primeros pasos por el mundo, mil sugestiones, historias y medias palabras nos han informado de que ser hombre es fundamentalmente hacer de la mujer carrera de obstáculos de la propia resistencia física. Y esto, claro está, con detrimento de los más elevados y espirituales ejercicios de la virilidad.

Es increíble la extensión y la fuerza lograda por el funesto error. La mayoría de los hombres, incluídos los hombres de una cultura biológica extensa, ignoran hasta que se trate de un mito y se someten sin reflexionar a sus consecuencias. Y cifran el ideal masculino en el vano empeño de querer convertir en fuego perennemente encendido lo que sólo es una chispa tan luminosa como breve, que brota aquí y allá no siempre que se quiere y muchas veces cuando menos se espera. Los médicos sabemos bien hasta qué punto este mito ha amargado la juventud de muchos hombres y les ha hecho arrastrar una vida truncada,

cuando no los ha arrojado desde luego en el laberinto de las psicopatías.

¿Cuándo y dónde se formó esta gran mentira perturbadora? Es imposible precisarlo. Pero al observar, en la humanidad que está a nuestro alcance, la absoluta constancia con que la mentira acompaña a la vida sexual, podemos inclinarnos a admitir que el mito de la pseudovirilidad nació la primera vez que dos hombres se juntaron para hablar de sus secretos amorosos. A partir de entonces, mentira y sexo van perdurablemente unidos. No hay hombre—ni Rousseau—que no mienta, en el caso más favorable sin saber que miente, al descubrir su interior sexual. Toda una patología y toda una terapéutica se han fundado sobre el fatal equívoco. Y hasta los que sentimos de manera más ferviente la necesidad de oponer la claridad a la penumbra hablamos tanteando los atajos del lenguaje y evitando, sin quererlo, las palabras explícitas.

Diversas causas, que en otro lugar examinaremos, han contribuído al auge del error que estudiamos. Una de las más importantes es la creación del mito de Don Juan. Pero expliquemos en qué consiste este mito, o, por mejor decir, mitos, porque son varios y no uno solo.

Don Juan, sin duda alguna, es un personaje tan antiguo seguramente como la misma Humanidad. Gendarme de Bèvotte encuentra sus primeros antecedentes entre los dioses del Olimpo. Representa una variedad definida y clasificable de la fauna amorosa, en la que todo ser humano tiene su puesto; y aunque sea,

a nuestro juicio, una variedad anormal, es bien sabido que en la primera cosecha del árbol del amor había ya frutos patológicos. En los tiempos bíblicos aparecen claros rastros donjuanescos, y para nosotros es indudable, aunque los libros sagrados no sean explícitos, que en Sodoma y Gomorra perecieron bajo el fuego de Dios innúmeros donjuanes, junto a los padres incestuosos y los hombres y las mujeres que habían perdido la brújula del sexo. En los versos de Ovidio se encuentra una verdadera pedagogía donjuanesca. Y en mil parajes más de la historia y de la literatura asoma el burlador, aunque todavía—hay que tenerlo en cuenta—con los caracteres predonjuanescos, que son diferentes, si bien en lo accesorio, de los que tendrá después de llamarse Don Juan. Hay, pues, que dividir su historia—aquí sólo podemos indicarlo—en dos períodos: el predonjuanesco y el propiamente donjuanesco. En el primero, el tipo, aún borroso, aunque con todos sus rasgos humanos y fundamentales, no ha sido todavía troquelado en un molde literario definitivo. Nosotros le conocemos después de haber sufrido esta influencia legendaria, y, en realidad, le identificamos sólo por ella, sin reparar en que se trata tan sólo de algo superficial, de indumentaria y aire puramente externos. Pero si queremos conocerle en su totalidad, hemos de desnudarle y disecarle hasta las raíces biológicas más profundas y hasta los tiempos más lejanos, cuando todavía no soñaba en ser un héroe.

Así considerado, Don Juan no es, ni más ni menos, que un hombre que dedica su vida al amor de la mujer y exclusivamente a esto. Por lo tanto, para la gran

humanidad, imbuída del culto del sexo por el sexo mismo, Don Juan será el supervarón, el hombre por excelencia, el que todos los demás hombres, al verle pasar con su aire de jaque, envidian explícita o secretamente. Y aquí reside el germen del error, porque el varón que no hace más que amar es, en primer lugar, un varón a medias, como ahora veremos, y, por consecuencia, un hombre de baja condición mental y de estructura moral más que deleznable.

Yo me atrevo a afirmar que este juicio no es una interpretación más puramente teórica entre las muchas que últimamente se han publicado sobre el famoso personaje; y lo afirmo porque procede de un largo y cuidadoso cotejo entre la interpretación de la psicología donjuanesca a la luz de la biología actual y el estudio personal de varios ejemplares de donjuanes auténticos y afamados que he tenido la fortuna de poder observar. Don Juan, visto de cerca y sin prejuicios literarios ni filosóficos, es un pobre rufián sin inteligencia y sin interés. Sus aventuras, un tejido de injusticias y muchas veces de canalladas. Y en el fondo, un irresponsable, porque obra así por mandamiento imperioso de condiciones orgánicas que no le ha sido dado elegir.

Pero he aquí que un día este rufián, prototipo de esa pseudovirilidad cuyos peligros hemos encomiado, sale de sus garitos y aparece en la escena de un teatro, en la España del siglo de oro, de la mano de un fraile mercenario. Ya tiene su arquetipo. Está bautizado y con un nombre magnífico, ¡Don Juan!, que será en adelante la patente de corso para todas sus fechorías. Y por fin, y esto es lo importante, sus delitos han dejado de serlo para convertirse en pecados. Es decir, la leyenda está en marcha. De España pasa a Italia, a Francia a Alemania, a Inglaterra, y por todas partes pasea su insolencia dignificada entre la secreta y envidiosa simpatía de hombres y mujeres. Las gentes honradas le temerán; la justicia le seguirá los pasos; la Iglesia le cerrará sus puertas; pero el ciudadano honorable, el juez y el sacerdote, después de maldecirle, se asomarán a la esquina para verle pasar con tanta curiosidad como inconfesada benevolencia para sus «pecados de hombre».

Nuevos mitos se agregan al primitivo de la hombría—la falsa hombría—que todo lo disculpa. Primero es el rebelde que rompe con las leyes de una sociedad y de una moral mezquinas. Luego el pecador a quien Dios perdona a todo trance, como a la Magdalena, por haber amado mucho. Y por fin, en estos tiempos en que la salvación del alma parece preocupar menos a las gentes, este hombre afortunado encuentra pensadores propicios que le tienden la mano para que no se condene de nuevo y le presentan transformado en un tipo de selección anatómica y mental, punto de partida para la humanidad futura.

Estos son los mitos donjuanescos que sirven de norte a tantos adolescentes en sus primeros paseos por el mundo del sexo. Ya algún observador aislado de este siglo, Michels, había insinuado que bajo su apariencia brillante se escondía un pobre medio-hombre sostenido por una serie de artificios sociales. Entre noso-

tros, Pérez de Ayala dió la primera lanzada al fantasma, y nosotros también, en varias notas desperdigadas, que, sin embargo, han tenido buena fortuna. Ahora es preciso concluir con él. Y creo haber explicado suficientemente los motivos que justifican nuestro encono.

—

Vamos, pues, a tratar de fijar la verdadera posición de Don Juan en el firmamento del Amor. Creo que me será fácil demostrar que la posición que en él ocupa es, como ya hemos adelantado, una posición equívoca, lejos del centro de la virilidad verdadera, como venía creyéndose consuetudinariamente. Los tipos representativos de las diversas modalidades sexuales forman como dos grandes constelaciones paralelas, una para cada sexo. En los lugares extremos están los tipos en que la diferenciación sexual—la masculinidad y la feminidad—se marca con mayor vigor. En la línea de contacto están los tipos en que la sexualidad, menos acusada, tiende a confundirse con el sexo contrario. Por otra parte, en cada uno de los dos sexos hay tres categorías de tipos representativos, según el predominio de cada uno de los tres componentes esenciales del amor sexual, a saber: el tipo intelectual, el tipo emotivo y el tipo instintivo. Por encima del tipo intelectual está la amistad pura y axesuada; por debajo del tipo instintivo, la atracción dinámica de las

bestias. Pues bien, Don Juan está colocado en este último grupo predominantemente instintivo de la constelación masculina, y en su parte interna, en la que linda con el tipo homólogo de la constelación femenina.

Tal vez el lector encuentre arbitrario este esquema, y siento, si así es, no poder justificarlo ahora. Admitámoslo aunque sólo sea de un modo provisional. El simple análisis comparativo del amor donjuanesco con los otros prototipos del amor sexual nos coloca en su sitio automáticamente, por el método eliminativo, a nuestro héroe. Varios autores le han comparado con Don Quijote y con Fausto, amadores intelectuales, y con Werther, amador de tipo emotivo. Estos cotejos, perfectamente razonables, que en otra ocasión repetiremos, orientan ya sobre la significación biológica de Don Juan. Pero la comparación más provechosa en este sentido es la que puede hacerse con Otelo, que representa la máxima masculinidad dentro de su mismo grupo instintivo. Otelo, bronco de anatomía, elemental de espíritu, vencedor de los hombres en la batalla de la vida, gravita como llevado por una fuerza cósmica hacia *una mujer* dulce y débil, pero de feminidad aguda y sin sombra. Don Juan es, punto por punto, lo contrario: de hermosura correcta y afeminada, incapaz para la lucha social, corre tan sólo en la apariencia detrás de *las mujeres*, porque son éstas, en realidad, las que le siguen y se le entregan. El amor de Otelo es espóntaneo e irreflexivo. El de Don Juan es un amor meditado, frío y sin riesgos, pudiéramos decir que industrializado.

La demostración del mito de la hombría donjuanesca puede, por lo demás, hacerse directamente. Conviene para ello tomar como material de estudio los donjuanes de la literatura y los donjuanes auténticos cuyos fastos conservan las historias, tanto de la época predonjuanesca como de la donjuanesca; y además, los ejemplares actuales y vivos, sin cuya observación es imposible sustraerse a la influencia mixtificadora de la leyenda. Consideremos a toda esta serie de donjuanes en sus aspectos psicológico y morfológico y, por fin, en su patología. El resultado será igualmente concluyente. Pero aquí sólo nos detendremos en analizar los rasgos esenciales del Don Juan, los que nos permitirán identificarle entre la multitud de tipos afines que nos muestra la fauna sexual y entre los pseudodonjuanes creados por los comentaristas.

Estos rasgos esenciales—ya lo hemos esbozado—son dos, a saber: el verdadero Don Juan vive exclusivamente para el amor de las mujeres. Y frente a éstas se coloca, salvo excepciones, en actitud pasiva, de centro de atracción. Examinemos brevemente el significado biológico de ambos caracteres.

—

Don Juan, en efecto, no tiene ocupación conocida fuera del comercio con las mujeres; es rico por su casa y vive de sus rentas o de la soldada paterna, y aparte su donjuanismo y quizá alguna profesión decorativa, como deportista o guerrero, su tiempo está libre de ocupaciones y su cabeza exenta de cuidados. Recorramos la historia de todos los auténticos donjuanes, los creados por el artista y los de carne y hueso, y encontraremos siempre esta circunstancia, más la condición de jugador, rara vez ausente. Claro es que personas entregadas de lleno al tráfago de la vida activa pueden ser grandes amadores de tipo monogámico o poligámico. Y es más, la energía en la actuación social suele darse casi sin excepción en hombres de gran capacidad amorosa. Pero hay que establecer desde ahora la diferencia fundamental entre el hombre enamoradizo o, si queremos entendernos con un vocablo de la calle, «mujeriego» y el verdadero Don Juan. Leamos las historias amorosas de los grandes hombres, por ejemplo, las recopiladas por Faguet, y apreciaremos en seguida que ninguno, ni aun los que han pasado a la posteridad con cierta aureola donjuanesca, fueron verdaderos donjuanes. En todos ellos se trata o de aventuras pasajeras o de amores agitados por una larga sacudida pasional; pero siempre sin el tinte profesional de los amores donjuanescos. El centro de gravedad sexual sigue estando en la mujer, y el hombre, el grande hombre, corre hacia ella y sufre a veces, como Otelo, de la pasión elemental y primitiva de los celos o de aflicciones sentimentales y románticas que Don Juan no sintió nunca. Hay excepciones, sin embargo, y entre los grandes hombres verdaderamente masculinos, enamoradizos o mujeriegos se encuentran legítimos donjuanes, como lord Byron, por ejemplo, cuyas proezas amorosas

tienen la falta de cordialidad y la técnica petulante de un Tenorio de pura cepa.

Quizá he hecho mal en hablar de los grandes hombres, porque en ellos la psicología sexual sufre influencias extraordinarias que con frecuencia la deforman, restándole pureza varonil. Hay que distinguir entre un «grande hombre» y un hombre en realidad «grande», equilibrado y completo; y este tipo se da generalmente entre las gentes que, aunque de rango espiritual elevado, no suelen pasar a la Historia en forma apoteósica. El grande hombre propende con frecuencia a una suerte de narcisismo espiritual que en ocasiones repercute en su vida afectiva, y se deja querer de ese tipo de mujeres de un romanticismo intelectual que revolotean como mariposas en torno de la llama del genio. Pero no hay que confundir este narcisismo espiritual con el narcisismo sexual de Don Juan, ni a estas mujeres, casi siempre superiores, que se sienten atraídas por las grandes inteligencias, con la mujer, de un sexualismo inferior, que corre hacia Don Juan con los brazos abiertos. Hechas estas aclaraciones, elijamos a un grande hombre, Goethe, por ser el más grande de todos y porque su historia es fecunda en accidentes amorosos. Innúmeras mujeres desfilan en esta existencia, casi sobrehumana, desde los años románticos de su juventud, cuando ponía en manos de Werther la pistola suicida, hasta el ocaso majestuoso de su vejez, cuando su mirada se posaba sobre los hombres y las cosas con una serenidad no igualada por ningún otro mortal. Pasiones sentimentales, aventuras breves y de picante sabor, amores largos

y serenos, de los que desembocan en la amistad perfecta; cariños seniles, nimbados de ternura paternal: de todo este muestrario hay ejemplos en la vida íntima del gran escritor. Y, sin embargo, a nadie se le habrá ocurrido decir que Goethe fué un Don Juan; porque la mujer, que tanto espacio ocupó en su vida, no fué el objeto de ella: era el pretexto de su inspiración y uno de los impulsos de su obra gigantesca; pero nada más. Si el amor es necesario para una vida fecunda, digamos, parodiando una frase vulgar, que Goethe, como todo hombre normal, amaba para vivir, en tanto que Don Juan vivía para amar, o para lo que se llama amar en el lenguaje donjuanesco.

Este fundamental apartamiento de Don Juan de la lucha social tiene, por de pronto, un pretexto que, aunque fútil, a primera vista no deja de tener importancia, y es el siguiente: el oficio de burlar mujeres requiere tales atenciones, que no queda lugar a la actividad de quien lo ejercita a diario para ninguna otra ocupación. Don Juan, fuera de sus fechorías, no tiene tiempo para nada. El Tenorio de Zorrilla—luego veremos por qué soy particularmente aficionado a citarle—, al darnos cuenta de sus hazañas en aquella relación del primer acto, que es toda una exposición clínica, nos dice explícitamente que en cada conquista empleaba cinco días. Ya hemos insinuado que otra de las características del Don Juan es la facilidad con que miente; cuanto dice hay que ponerlo en cuarentena, y habrá, por lo tanto, que rebajar algo de la rapidez con que asegura realizar sus hazañas de amor. Pero así y todo, cinco días, multiplicados por

setenta y dos, que es el número de sus víctimas, apenas dejan margen para los menesteres indispensables de la vida, incluyendo el descanso reparador de tan fatigosas aventuras, que habrá que calcularle con largueza. La mujer, aun la mujer de fortaleza más que vulnerable con que Don Juan tropieza siempre en su ir y venir por la vida, sabe bien, o presiente aunque no lo sepa, que así como los elementos nobles del amor —emoción y amistad— se agrandan y se perpetúan a su contacto con la realidad, el elemento instintivo, el deseo, es un relámpago fugaz que se desvanece en el momento mismo de lograrse. Por eso no hay amor elevado ni hay amistad sino después de largos años de trato recíproco, y en cambio no hay deseo que resista a una convivencia un poco prolongada. El tiempo es un cedazo que deja pasar con rapidez cuanto hay de instintivo en el amor, y retiene, en cambio, avaramente los componentes próceres del mismo. Las mujeres de Don Juan saben, repito, todo esto, y saben también que en su refriega con el burlador sólo el instinto entra en juego y que han de sacar de él su máximo partido. Por eso dilatan, mientras sus menguadas fuerzas lo permiten, el momento fatal de la caída, que será también el del olvido. Y este impulso instintivo de defensa requiere mucho tiempo y mucha atención para ser vencido, aun tratándose de un amador como Don Juan, a quien, como después veremos, se lo dan casi todo hecho las mujeres.

Pero, aparte del tiempo, un Don Juan es siempre un hombre de notoria incapacidad mental para la lucha por la vida. Dice recientemente Eugenio d'Ors

que, «en el fondo, no alcanzaremos a perdonarle a Don Juan que sea tan poco inteligente»; y es una gran verdad. Don Juan es ingenioso, sin duda; sabe hablar y escribir copiosamente, a veces hasta en verso; urde con maña sus tretas y tiene una filosofía efectiva, si bien muy superficial, de la vida y de los hombres. Pero carece en absoluto del genio creador, que es, desde sus grados más modestos hasta los más potentes, la característica de la mente viril. No se concibe a un artista que gesta y pare con esfuerzo su obra, a un ingeniero ensimismado en la lucha para domar las fuerzas naturales, a un hombre de ciencia que persigue los secretos de la vida, a nadie, en suma, con el alma polarizada en la actividad centrípeta de la creación, que sea a la vez un Tenorio, en la pura acepción de la palabra. Decía yo no ha mucho, hablando de Pasteur como arquetipo del hombre de ciencia y comentando sus amores, sencillos y rectilíneos, que era sexualmente el polo opuesto de Don Juan, y que era forzoso considerar al donjuanismo como uno de los enemigos naturales del trabajo. Y Eugenio d'Ors, hablando también del donjuanismo, se pregunta si no representa «una dificultad insuperable para la ciencia, el arte y la civilización».

Don Juan, pues, no hace otra cosa que amar porque no tiene aptitud más que para eso. Y aquí entramos de lleno en la interpretación de su psicología sexual. En varias ocasiones hemos expuesto y discutido nuestra convicción de que la actuación social del hombre, desde sus formas primitivas, desde la lucha directa por la vida en el hombre prehistórico, hasta

las formas más elevadas, hasta la elucubración mental o la creación artística en un civilizado de ahora, es en realidad una *forma secundaria* de la actividad sexual, entendiendo por *actividad sexual primaria* el cumplimiento del acto creador, común a los dos sexos, y de las funciones de la maternidad propias de la mujer. Ahora bien, como ya Weininger, Mœbius, Metchnikoff y otros han hecho notar, en la mujer el cumplimiento de esa función sexual primaria lo absorbe todo, mientras que las funciones sexuales secundarias ocupan un lugar limitado en su existencia. En otras palabras: la mujer—la mujer corriente, no la mujer de excepción—está hecha para el amor y la maternidad, pero no para intervenir—si no es accidentalmente—en las luchas sociales, ni para cambiar el curso de las cosas con las creaciones de su cerebro. En tanto que en el hombre sucede lo contrario: la función sexual primaria se reduce en él al momento breve de la generación, y aun este momento puede ser domeñado por la voluntad. El hombre puede hacerse un asceta y desligar su vida por completo de la preocupación del sexo, cosa imposible en la mujer, en la que la naturaleza le recuerda de un modo periódico y aparatoso que está sometida a su esclavitud durante los años mejores de la vida. Y esta fugacidad de la función sexual primaria se compensa ampliamente en el varón con la complejidad que en él alcanzan los fenómenos sexuales secundarios, esto es, la actuación social en sus múltiples modalidades.

Este esquema se aplica, entiéndase bien, al hombre normal; pero en torno del tipo medio se extienden diferentes formas anormales. En este sentido, la masculinidad puede acentuarse hasta que toda la energía sexual se invierta en las actividades sociales, quedando reducido al mínimo el acto amoroso propiamente dicho. La vida nos ofrece numerosos ejemplos de estos hombres de masculinidad paradójica que, absorbidos por quehaceres intensos, viven en un estado de castidad casi absoluta. En cambio, el tipo normal se desvía hacia el lado opuesto, hacia la feminidad, cuando acaece lo contrario, cuando toda la energía sexual se convierte en amor propiamente dicho, a expensas de una precaria actividad social, tal como hemos visto que ocurre en la mujer. Este es el caso de Don Juan.

Extrañará a muchos esta afirmación de que el varón por excelencia no sea el cazador impenitente de mujeres, sino el hombre trabajador y activo, con frecuencia monógamo, no raramente tímido y aun a veces recluído en un estado de voluntaria castidad. Pero así es la verdad y hay que repetirla muchas veces y ondearla como una enseña en la batalla contra el donjuanismo. El hombre más viril es el que trabaja más, el que vence mejor a los demás hombres, y no el Don Juan que burla a pobres mujeres naturalmente dispuestas de antemano a dejarse engañar.

—

La segunda condición esencial de la psicología donjuanesca es, como ya hemos dicho, la trasmutación

al hombre, al propio Don Juan, del centro de gravitación sexual, que normalmente reside en la mujer. Es decir, que así como habitualmente la mujer atrae y enamora al hombre, en el caso del Tenorio es éste el que arrastra a la mujer, el que se deja enamorar por ella.

La atracción del macho hacia la hembra es el fenómeno sexual normal en toda la serie zoológica. Los recuerdos de nuestra observación en los animales domésticos y las declaraciones de los naturalistas así lo demuestran. Canestrini ha escrito un conocido libro sobre los amores de los animales, especialmente interesante a este respecto. Desde el insecto hasta el gorila, el macho es siempre el que toma la iniciativa en el ataque, el que olfatea o vislumbra a la hembra y la persigue hasta hacerla suya. La actitud activa de aquél y la pasividad de ésta culminan cuando hay concurrencia de machos; entonces éstos luchan, se hieren y hasta se matan por la posesión de la hembra, mientras ella, impasible, contempla la batalla y aguarda al vencedor.

Y así también en la especie humana. La mujer, sin condiciones físicas para acometer y para luchar, posee un conjunto de atributos que la hacen adorable para el hombre. A veces este atributo es la belleza, aunque ésta no es incentivo del deseo y del amor con tanta frecuencia como suele creerse. La educación y la herencia han convertido la belleza, frecuentemente, en puerta de entrada del deseo; pero la coincidencia del sentimiento estético y del erótico es puramente eventual. La atracción del sexo es una llama que

prende allá en lo profundo de la subconciencia, independientemente de los cánones artísticos, regida por diferentes circunstancias, desde un olor acre en los animales, hasta esa cosa indefinida y compleja que es el elemento más constante de la atracción femenina y que llamamos «gracia», compatible, como es bien notorio, con la misma fealdad. La fuerza atractiva de este orden de elementos subconscientes es con frecuencia muy limitada, quizá rigurosamente individual; es decir, que como el diapasón que hace vibrar tan sólo al de su mismo tono, la mujer dotada de tales atractivos produce una resonancia sexual en muy pocos hombres o en un hombre solo. En cambio, la belleza, como invención humana que es, produce el mismo efecto, dentro de cada raza, en cuantos ojos varoniles la contemplan, colocando así a la mujer que la posee en una suerte de publicidad que repugna, a veces, a cierto tipo de amantes, los más fervientes, que necesitan de la absoluta posesión reservada para lograr la plenitud de su amor. Una mujer muy hermosa es siempre, en este sentido, un poco «mujer pública», mientras que no raramente la mujer de apariencia vulgar lleva en sí una belleza inédita que sólo descubre el hombre elegido. A todos nos ha sucedido contemplar el retrato de una de estas mujeres reputadas como feas o vulgares en el cual se nos aparece con una belleza imprevista; el comentario vulgar es achacar el cambio a superchería del artista o del fotógrafo; y, sin embargo, se trata de una belleza efectiva, aunque no ostensible, que ha sido preciso poner de relieve con un escorzo o un contraluz apropiados. Una belleza que

sólo aparece en momentos especiales e íntimos y que, por esto mismo, posee una fuerza de atracción sexual mucho más enérgica e ingastable que la de las beldades famosas.

Esto nos explica que las protagonistas de las pasiones profundas y perdurables hayan sido con frecuencia mujeres de hermosura poco aparatosa. Mientras que las bellezas célebres atraen particularmente a los hombres de tipo donjuanesco, que gustan de dar un tono de publicidad a sus aventuras. Claro que en todo esto hay excepciones, pero, en general, acierta el proverbio de que «la suerte de la fea la bonita la desea», y es por las razones que acabamos de exponer. La propia mujer hermosa contribuye en ocasiones a agravar su mala suerte porque suele propender al narcisismo, que es el puente de paso a la homosexualidad y, en el caso más favorable, un neutralizante de todo impulso pasional.

El hecho es que, por la belleza o por la gracia, o por ambas cosas a la vez, la mujer es el centro pasivo de la atracción sexual. Cuando parece tomar la iniciativa, es sólo un simulacro para excitar la dinamicidad varonil. Parece que pueda acometer, pero todo queda en el gesto. Recordemos la primera tentación, inmortalizada en *El Paraíso* de Ticiano. Adán está sentado y receloso; Eva en pie y avanzando; mas se adivina que ella limitará su presunto ataque a agitar la manzana tentadora; y, en realidad, aguarda ya la acometida del varón, cuyas piernas se están contrayendo para iniciar el salto.

Pero en el caso del Tenorio ocurre lo contrario

Las mujeres—ciertas mujeres—se enamoran de Don Juan y se enamoran sin saber por qué. Pérez de Ayala remacha la importancia del fenómeno. «Aquí reside—dice—la esencia del donjuanismo genuino; las mujeres se enamoran de él como por obra y gracia del Espíritu y Santo, sólo que es por obra y gracia del diablo. En Don Juan se encierra un agente diabólico, un hechizo de amor. El hecho de entregarse una o muchas mujeres a un hombre por gusto, por capricho, por ligereza (y no digamos por vanidad), es mero pecadillo y no eleva al hombre a la categoría de Don Juan, de Don Juan auténtico y de pura sangre. Pero si una sola mujer piensa: yo no sé si es cosa de Dios o del diablo, mas ese hombre me arrebata; de sus labios manará mi elixir de vida o mi sentencia de muerte; todo mi ser, a despecho de la voluntad, siente que cae y se precipita en el cerco de sus brazos; entonces sí: se trata del Don Juan prístino, imperecedero y diabólico.»

Aquí está, en efecto, el nudo de la cuestión. Un hombre de mundo muy ducho en lances de amor, muy conocedor de hombres y mujeres, me refería historias de algunos donjuanes con los que había tropezado por la vida. Y me decía: el Don Juan es eso: un hombre que entra en un salón lleno de mujeres y, sin que ni ellas ni nosotros sepamos por qué, porque aparentemente no difiere gran cosa de los demás hombres, fuera de un cierto aire jactancioso; sin que él mismo haga nada por conseguirlo, intranquiliza con sólo su presencia a una, a dos o más de aquellas mujeres y las incita al amor. En la interpretación de Tirso, Tisbea

la pescadora se enamora de Don Juan, antes de que éste la mire ni la hable, viéndole medio ahogado después de una larga mojadura en plena tempestad; no cabe, pues, mayor pasividad por parte del varón. Y en el *Tenorio* de Zorrilla, el espectador presencia con sus propios ojos cómo Doña Inés, conturbada sólo por haber visto pasar a Don Juan a través de una celosía, absorbe «el filtro envenenado» y se entrega de antemano, desfallecida, a su amador antes de que éste irrumpa en el secreto de la celda. Más tarde, en la quinta de las orillas del Guadalquivir, Don Juan hace su segunda experiencia de sugestión a la vista del público, recitando las décimas famosas, a las que contesta la infeliz novicia aquella frase, también comentada por Ayala, de «voy a ti como un río va sorbido al mar», que expresa de un modo definitivo e insuperable la trasmutación sexual de los amores donjuanescos.

—

Y ahora es oportuno que agregue algunos comentarios sobre el Don Juan de Zorrilla, ya que varias veces le he traído a colación para justificar mis argumentos. Los donjuanes de la literatura tienen cada uno, como los de la vida, su peculiar fisonomía dentro de los caracteres inmutables del grupo. Y es inútil pretender inquirir, como quieren algunos, cuál de ellos es el verdadero Don Juan. Todos o casi todos lo son;

unos más nobles, otros más resabidos, otros más románticos, otros hasta dotados de una cierta grandeza; pero siempre iguales en su esquema psicopatológico. Mas si hubiese que elegir entre ellos el más repleto de substancia donjuanesca, yo estoy seguro que se cometería una injusticia flagrante si no era el designado el Don Juan de Zorrilla. Las invectivas contra el Tenorio zorrillesco son ya viejas, a partir de las que le dedicaba con implacable saña su propio creador. Pero en estos últimos tiempos han arreciado en número e importancia. Franco Fuà le llama *il più bel pezzo di canaglia che si possa figurare*, y en otra ocasión *tozzo malandrino di strada* y *galeotto senza sottintesi*. Nuestro Ortega y Gasset pedía que los guardias se llevasen a la cárcel a este rufián que nada tenía que ver con el Don Juan verdadero. Y también Unamuno y A. Machado, y no sé si alguno más, le han tratado con un desprecio parecido.

Claro que hemos de distinguir el valor artístico y el valor biológico del Tenorio. Artísticamente, yo no puedo juzgarlo y reservo para mí mismo mi adhesión al juicio de Clarín, que afirmaba que Don Juan Tenorio «es grande como lo son la mayor parte de las creaciones de Shakespeare: de un modo muy desigual y a pesar de su desigualdad». Pero, desde el punto de vista fisiológico y humano, yo aseguro que bajo ninguna de las otras interpretaciones antiguas ni modernas corre la palpitante savia donjuanesca que anima a la del gran poeta romántico. Es cierto que es un canalla, pero si no lo fuese no sería Don Juan. En él se dan, precisamente dibujados y con un aliento

real insuperable, los «caracteres naturales» del donjuanismo auténtico. Los personajes que le rodean —tan importantes para la comprensión del burlador— son también perfectos. Y en el lenguaje del drama hay, por último, frases, como las ya citadas y otras muchas, de una exactitud biológica absoluta. Este tipo de aciertos inconscientes es, por cierto, una de las características del genio, y en pocas ocasiones se hallarán con mayor abundancia que en el *Tenorio*. Aun la misma antipática desfachatez y ligereza del Don Juan habitual, en la literatura y en la vida, están templadas en el de Zorrilla por aquellos momentos de noble ansiedad espiritual y de sensibilidad perfectamente viril del acto del cementerio; instantes psicológicos en que asoma la gravedad expiatoria del ocaso y que los actores, para lograr el máximo efecto, debían representar con una peluca entrecana.

Cada año, al llegar el día de difuntos, protestan varios críticos invariablemente de la resurrección del *Tenorio*. Uno de ellos pedía, en el noviembre pasado, que ya que se representaba el *Don Juan*, se exhumase el de Tirso de Molina o cualquier otro, y no siempre el de Zorrilla. La prueba, si se hiciera, sería seguramente inequívoca: ni el *Don Juan* de Tirso, ni el de Molière, ni ningún otro que no fuera el *Tenorio* llevarían al teatro la muchedumbre, única por su variedad, que constituye la clientela anual de éste. Y ello por las razones biológicas expuestas.

Aun los que literariamente admiramos este drama no podemos negar que hay otros muchos tan bellos como él en el teatro español que no despiertan curiosidad alguna. La magia y la presencia de muertos y de ánimas tampoco puede explicar, como algunos quieren, la popularidad del *Tenorio*, que no lleva trazas de extinguirse. El motivo de su éxito es únicamente su magnífico valor de realidad. Y además, y sobre todo —ya lo hemos anotado—, la circunstancia genial de que este Don Juan, a diferencia de todos los demás, realiza sus conquistas a la vista del público, sin trampa ni cartón. Seguramente, de aquella lista de aventuras galantes que él y Don Luis Mejía relatan en la hostería de Butarelli habrá que rebajar más de la mitad. Pero la conquista de Doña Inés, la más típica, es indudable; la vemos y *la sentimos* todos, incluso los espectadores masculinos, «de una cierta manera anafrodítica», como certeramente apunta Clarín.

J. M. Salaverría afirmaba hace poco que ya ni las maritornes se conmovían al escuchar la lectura de la carta y las décimas llamadas «del sofá». Y, en efecto, los versos estarán trasnochados de tanto correr de boca en boca y resultarán ridículos, tal vez, si se escuchan fuera de un ambiente de vibración sexual. Pero dichos como Don Juan los dice, al oído de Doña Inés y de los espectadores, siguen conmoviendo a todas las mujeres, desde la maritornes a la princesa altiva.

La técnica de la seducción no ha variado ni se ha complicado, a pesar de las apariencias, desde hace muchos siglos, y Don Juan, que es un «técnico» insuperable del amor —lo contrario que el pobre Otelo—, nos hace en esta escena de su

encarnación zorrillesca la demostración-tipo del procedimiento.

—

Otros caracteres, ya menos importantes, de Don Juan se prestan también al comentario biológico. Tales su tendencia trashumante, su táctica de dar publicidad a cuantas aventuras emprende, su afición decidida a los juegos de azar, su narcisismo y su facilidad para mentir. No podemos detenernos a explanarlos. Recordemos no más que la mentira, cuya íntima conexión con el sexo ya hemos indicado al principio, encuentra en Don Juan su más propicio terreno. Realmente, no abre la boca casi nunca para decir verdad. Y el mentir es también un rasgo predominantemente femenino, porque la mentira, cuya transcendencia moral se ha exagerado tanto, biológicamente considerada es en la especie humana una manifestación defensiva de debilidad, análoga a la tinta de los calamares o a tantos otros subterfugios defensivos que la historia natural nos ofreee. Mienten todos los niños porque son débiles, y las mujeres con gran frecuencia porque son menos fuertes que el hombre. Don Juan, a pesar de sus fanfarronadas, es de energía intermitente y floja, y por ello, casi nunca acomete sus empresas de amor cara a cara, valiéndose, por lo común, de tratos y comadreos femeninos, en los que es maestro. Pero no miente sólo en la

acción, sino también y descaradamente en el relato de sus hazañas, como no mienten nunca los hombres de típico equilibrio varonil.

—

El estudio de la morfología del burlador nos proporciona datos enteramente paralelos a los psicológicos. Es imposible hacer un retrato de Don Juan, como es vano empeño el pretender hacerlo de todos los arquetipos humanos, representantes o síntesis de multitud de seres, que, si coinciden en una porción de datos antropológicos comunes, difieren en los rasgos de su peculiar fisonomía y pergeño general. Por esto, así como no hay una representación plástica de Don Quijote, de Fausto o de Hamlet unánimemente aceptada, tampoco la hay—menos aún que de los otros arquetipos—del Don Juan. Conocemos las perplejidades del gran pintor español Ignacio Zuloaga para imaginarse un Don Juan lo suficientemente representativo y a la vez lo suficientemente concreto para ser pintado. Plásticamente, pues, no hay un «Don Juan», sino muchos donjuanes distintos y variables, y yo podría presentar a algunos si no me lo vedase el secreto profesional. Pero podemos, eso sí, fijar con bastante aproximación los caracteres de la morfología genérica de nuestro héroe.

En la actualidad sabemos que la secreción interna de las glándulas germinativas, además de regular

la peculiar función de éstas, contribuye, en medida extraordinaria y por mecanismos que no son de este lugar, a modelar la morfología general del individuo, su talla, sus proporciones, la estructura ósea de su cráneo y cara, la cantidad y la distribución de su grasa y también la abundancia y el modo de repartirse el cabello y el vello de la cara y del cuerpo. Gracias a este conocimiento, nosotros podemos deducir de la simple observación visual de un individuo cualquiera el grado de su energía sexual, sobre todo, claro está, si se trata de los grados extremos, los que confinan con la patología.

Ahora bien, la que pudiéramos llamar «morfología hipergenital» tiene precisamente rasgos muy distantes de los cánones de la hermosura donjuanesca. En esta morfología hipergenital, la talla es exigua, y sobre todo desproporcionada, por un predominio muy poco elegante de las dimensiones del tronco y cabeza sobre las de los miembros. La osamenta de la cara suele estar muy desarrollada; el mentón es frecuentemente prognático. Y, por fin, la barba y el bigote son recios y espesos, así como el vello corporal, que a veces recubre uniformemente miembros y tronco. Cuando estos rasgos se exageran hasta los límites de la patología, dan lugar al tipo del enano acondroplásico, que bajo su catadura grotesca suele esconder una increíble aptitud para el amor. Visitando la sala de Velázquez en nuestro Museo del Prado, muchas veces me han dado ganas de reír pensando en la sorpresa de las gentes si supieran que en una olimpíada de amor el premio de resistencia no sería para ninguno de aquellos

reyes y caballeros elegantes o fachendos guerreros, sino para el galopín acondroplásico Don Sebastián de Morla, que, sentado humildemente en el suelo, nos contempla con inmortal socarronería.

La belleza de Don Juan, por lo común harto atildada, grácil y lampiña, no corresponde, pues, al instinto robusto que se le atribuye. Este reside en otro tipo de varón hirsuto y bronco: el que señala el vulgo honrado al decir que «el hombre y el oso mientras más feo más hermoso», refrán profundo, de invención femenina con toda seguridad. Este varón hirsuto nada tiene que ver con Don Juan. Podrá ser un gran mujeriego, pero conquistará en silencio y con su propio esfuerzo a sus amantes, sin escandalosas publicidades. Y las mujeres sensibles al donjuanismo le verán pasar con indiferencia.

Con esto se señala otro aspecto fundamental para el estudio de nuestro problema: el de las mujeres de Don Juan. Es evidente que sólo un grupo de mujeres de complexión sexual determinada se dejan arrastrar por el encanto donjuanesco. Mujeres de una anormalidad biológica que puede estudiarse al detalle y que encaja exactamente en el tipo de anormalidad del burlador. Sólo así se explica el fenómeno paradójico de ver a la mujer impulsada hacia un centro de atracción sexual notoriamente débil o francamente mixtificado, desdeñando, en cambio, los más específicamente viriles.

Nadie puede dudar de este hecho sorprendente. Y a este respecto nos sirve de curiosa experiencia el espectáculo de la ópera. En la ópera cada voz tiene

un sentido sexual distinto, representa un matiz diferente en la gama de la sexualidad, como en otro lugar hemos demostrado. Entre las voces masculinas, el bajo corresponde al máximo varón, al hipervarón, pudiéramos decir; el barítono es el hombre de sexualidad equilibrada o normal; el tenor, el extremo opuesto de la cadena sexual, en sus confines con el sexo femenino. Pues bien, obsérvese que es siempre el tenor el que conmueve el corazón de las mujeres, el que tiene la historia tejida de lances amorosos. El bajo, en cambio, casi nunca tiene nada que contar a este respecto. Y desde luego, cuando se representa alguna versión del Don Juan, es siempre el tenor el que desempeña este papel. Todos nos reiríamos—a tanto llega la fuerza del mito—si viéramos encarnado el intrépido galanteador en un bajo robusto, velludo y de voz profunda.

Omitimos, por no ser propio del lugar, el análisis de algunos detalles anatómicos del varón en su relación con la atracción sexual, como son el cabello rizado, la canicie precoz, la tendencia al estrabismo convergente y el prognatismo de la mandíbula inferior. Digamos tan sólo que este último rasgo, uno de los más típicos del temperamento hipergenital auténtico, falta casi siempre en la fisonomía de los donjuanes. Hace tiempo hicimos notar que el caballero Casanova—un Don Juan auténtico y no una «antítesis del Don Juan», como sostiene R. Baeza en un interesante trabajo recién publicado en estas páginas—tenía el mentón retraído y una estatura gigantesca, detalles ambos fatales para juzgar de la veracidad íntima de

sus lances de àmor. No terminaremos sin advertir que este prognatismo mandibular pierde su significado sexual actual cuando se hace carácter hereditario; al cabo de unas cuantas generaciones puede llegar a ser tan sólo un recuerdo del vigor de los antepasados.

—

Vemos, pues, que el cetro de la masculinidad cae de las manos del gran farsante. Pero ahora se nos presenta una cuestión de extrema delicadeza: la escasa virilidad de Don Juan, ¿es puramente psicológica, o alcanza también a su actividad sexual primaria? Adelantemos que una mentalidad femenina o feminoide, y acompañada incluso de una morfología descaradamente equívoca, como acaece en muchos donjuanes, puede coexistir con una aptitud generatriz perfecta. En la patología se estudian—y yo lo he hecho con especial cuidado—numerosos tipos de estas que llamamos «inversiones parciales». Y así vemos hombres integralmente varoniles con un solo rasgo anatómico o psíquico de feminidad, y mujeres perfectamente femeninas con un estigma aislado de varonía, como, por ejemplo, un bigote copioso. La disociación completa entre la aptitud creadora y todo lo demás, no es tampoco rara, y culmina en casos de mujeres de apariencia y psicología monstruosamente hombrunas y madres, sin embargo, de prole numerosa; y en el grupo paralelo de los hombres completamente afeminados y de pródiga paternidad.

Del mismo modo son posibles los donjuanes que de una parte se ajustan a la psicología y morfología virilmente borrosas y que de otra parte poseen enérgica actitud generadora, aunque no tanta como ellos dicen. Pero otras veces esa atenuación de los caracteres viriles alcanza a la totalidad de éstos, incluídos los primarios, y el Don Juan, bajo su disfraz fachendoso, arrastra una vida sexual harto precaria. Pérez de Ayala anotaba la observación sospechosa de que la fauna donjuanesca de la literatura, con tanto prodigar su supuesta masculinidad, rara vez dejaba en hijos de carne y hueso huellas tangibles de su poderío. Mis observaciones en los donjuanes de la vida real me han permitido comprobar estos indicios en confesiones sorprendentes de los mismos, a veces corroboradas por las de sus víctimas. No serían los detalles interesantísimos de aquellas observaciones materia pulcra para estas páginas. Y mucho menos la consideración de cómo precisamente uno de los aspectos fundamentales de la aptitud mixtificadora de Don Juan es la ciencia exquisita con que utiliza y aprovecha sus exiguos caudales. Por el momento, juzguemos sólo por los resultados y afirmemos con Grandmontagne que «a Don Juan le debe pocos aumentos la estadística inclusera».

—

La objeción natural a la tesis de la tendencia inversiva de Don Juan que hemos expuesto es la siguiente: si la varonía de Don Juan es un mito y un mito edificado sobre funciones que suponen la colaboración de multitud de personas—mujeres, generalmente de lengua explícita—, ¿cómo la leyenda ha perdurado tanto tiempo y ha alcanzado extensión tan dilatada? Contestar a esta pregunta supondría desarrollar una serie de problemas de tanto interés como los referentes al Don Juan mismo, a saber: el estudio de las mujeres de Don Juan y, en general, del ambiente donjuanesco. Este mito, en efecto, como todos los mitos, requiere una atmósfera exterior en que la fábula se forma y alimenta, y prescindir de su consideración sería como estudiar una especie animal sin tener en cuenta las condiciones de su ambiente. Y, justamente, todos los tratadistas del donjuanismo han olvidado o por lo menos se han referido sólo de pasada a este punto, fundamental para la comprensión del tipo.

La influencia del país—concretamente de España y de Andalucía—, la de la época histórica, la del medio religioso, serán otros tantos capítulos de este estudio. Ahora nos detendremos sólo, y ya muy de prisa, en algunas anotaciones sobre las mujeres de Don Juan.

Escuetamente, he aquí nuestro punto de vista: Don Juan, como todo tipo sexual, tiene su equivalente en el sexo opuesto, y siendo un tipo de masculinismo anormal, su réplica femenina es un tipo de mujer de anormalidad paralela. Es decir, que las mujeres que se enamoran del Tenorio no son unas mujeres cualesquiera, sino que se reclutan en un grupo especial

de mujeres de sexualidad equívoca, cuyos caracteres, como más arriba indicábamos, se pueden fijar con bastante precisión. La especificidad vigorosa de la apetencia sexual es mucho menos marcada en el sexo femenino que en el masculino, y entre la mujer-tipo que converge hacia el varón más puro y la francamente homosexual hay muchos grados intermedios que se inclinan de preferencia hacia los tipos sexuales que pudiéramos llamar «limítrofes», entre los que se clasifica Don Juan. Personalmente hemos podido comprobar en muchas de las mujeres donjuanescas esta sintomatología equívoca, que en los últimos tiempos se ha convertido, al menos en lo que hace a los signos exteriores, en una moda extendida y admitida. El auge actual de «la garçonne» es paralelo al auge del donjuanismo, que no es su antídoto, como a primera vista parece, sino su mejor aliado.

Otro tipo de mujeres del Tenorio—éstas son sus verdaderas víctimas—no corresponde a los casos de anormalidad sexual antes apuntados, sino a mentalidades preocupadas o histéricas, de instintos apagados y, por lo tanto, fáciles al engaño. Son, en suma, mujeres del grupo predominante «intelectivo» (no queremos decir «intelectual» para no alarmar a nadie) de la clasificación que hemos expuesto al principio de estas notas. Don Juan utiliza para captarlas un arma de eficacia terrible, que es el escándalo, la publicidad irreverente de sus fechorías, verdaderas o inventadas. La fama escandalosa que le precede y que él cultiva con esmero hace que las mujeres, innatamente propensas a la seducción del misterio más que al convenci-

miento analítico, se sientan atraídas de antemano por esta red sutil, que en algunos casos hace ya inútil toda maniobra ulterior. La conquista de Doña Inés, educada en un ambiente de vacío afectivo, es un ejemplo terminante de lo que acabamos de decir; el eco de los pecados donjuanescos que llega hasta el interior del convento, haciendo tapar los oídos a las pobres monjas, ha bastado para rendirla, mucho antes de que el Tenorio se presente en carne y hueso para llevarse sin más esfuerzo que el de alargar la mano el fruto previamente madurado.

Obsérvese que las mujeres de Don Juan pertenecen siempre a uno de los dos grupos expuestos. O son mujeres de sexualidad complicada, «limítrofe», tendiendo muchas veces francamente a superar al sexo contrario y atacándole, por lo tanto, en sus reductos más débiles. O son mujeres de sexualidad dormida y mentalidad curiosa o francamente histérica; y por ello, en el haber de todo Don Juan figuran siempre varios ejemplares de adolescentes educadas en el aislamiento de un régimen familiar severísimo o decididamente en ambientes conventuales. En uno y otro caso son enemigos de fácil victoria y testigos nada excepcionales de la energía del burlador.

El hecho es, y me atrevo a afirmarlo sin temor a equivocarme, que ninguna mujer normal, dueña de su cerebro y de su sexo, ha sido jamás seducida por ningún Don Juan. Podrá esta mujer normal amar cuanto quiera, dentro o fuera de las normas sociales y religiosas y con todas las complicaciones afectivas posibles, pero siempre a hombres que no sean donjuanes. Don Juan,

al pasar, les hará volver la cabeza con benévola curiosidad y aun, quizá, sus palabras arrullarán su sensibilidad y sus oídos si por azar resuenan a su lado en el trajín de la vida. Pero todo quedará en curiosidad o pasajero arrobo. Lo demás lo evitará la voz secreta e infalible del instinto, que advierte que no late allí, bajo la fachada aparatosa, el genio de la especie. El irresistible imán del Tenorio deja de funcionar frente a la mujer de pasiones normales por violentas que éstas sean; y si, por ventura, nuestro héroe se decide entonces al ataque, sus armas son el soborno a la criada, ya aconsejado por Ovidio y utilizado profusamente por todos los donjuanes, reales o imaginados; cuando no el robo villano, en la oscuridad, de las caricias destinadas al amante verdadero.

Mas, cosa singular, aun estas mujeres incapaces de alistarse entre las conquistas de Don Juan colaboran peligrosamente con la mujer frágil en el incremento de la leyenda. Es rara la madre, por equilibrada y justa que sea, que no experimente una secreta o mal disimulada complacencia cuando su hijo comete una fechoría donjuanesca, aunque sea notoriamente una canallada y un pecado. Sus mismas hermanas se enorgullecen del hermano conquistador. Y si Don Juan es casado, hasta la esposa escarnecida siente su humillación templada por un sentimiento inconfesado de vanidad. Doña Inés, intercediendo ante el Dios justiciero y jugando al azar su salvación por lograr la de su propio burlador, es el símbolo de esta incomprensible actitud de complicidad de todo el sexo en la persistencia de un mito que, en definitiva, constituye una de las más irritantes injusticias que como tal sexo tiene que soportar.

—

Este es el Don Juan, repitámoslo, bajo cuya advocación dan sus primeros pasos—los de la influencia fatal—en la vida del varón los adolescentes de nuestras civilizaciones. Sin embargo, señales inequívocas anuncian que el final de su reinado se acerca. Yo creo firmemente que una de las características de la humanidad futura será una vida sexual simple y clara, libre de mitos de este o de aquel significado. En esta sociedad habrá todavía hombres de contextura donjuanesca, porque ello depende solamente de los arcanos de la embriología, a los que no llegan las fuerzas humanas. Pero, ya desenmascarados, arrastrarán una vida inofensiva y oscura, y ni siquiera se llamarán Don Juan.

Gregorio Marañón